



MEDITACION XVIII

TERAPÉUTICA DEL AMOR

I

EL MÉTODO DEL DOCTOR NOIROT

Hace algunos años ya que he renunciado a la costumbre de volver a leer las cuartillas que escribo. Los pensamientos que traslado al papel son lo mismo que un sér que acaba de nacer. Débil o robusto, es lo que es y anda por el mundo... El retoque de las frases se parece al peinado del susodicho niño. Vivaz y mal peinado, antes que raquífico y lleno de afeites, es mi divisa. Acabo, sin embargo, de faltar a este principio que tan bien une la retórica con la pureza, y he leído las diecisiete primeras *Meditaciones*, porque quería juzgar su conjunto y ver si había desarrollado bien el plan que formé en mi mente respecto a los tres actos de la tragicomedia del amor: *antes, durante y después*. El resultado de este repaso no se ha hecho esperar; un inmediato desaliento se ha apoderado de mí y me he sentido incapaz de seguir mi labor, por

no poder llenar el resto del problema indicado del siguiente modo en mi libro de notas y que había de constituir una especie de epílogo;—XIX: DE LOS CONSUELOS. EL LIBERTINAJE. *Manifestar la identidad del Baudelairismo con la doctrina de los gnósticos culpables; la enseñanza, por ejemplo, de Carpócrates y de su hijo Epifanio, que predicaban la libertad del alma por la saciedad del cuerpo y del deleite...* XX: EL SADISMO: SU HISTORIA. *Demostrar que existe una especie de sadismo personal al complacernos en cierta clase de dolores y la diferencia que hay entre el sufrimiento que nos mejora y el que nos hace depravados. ¿Por qué?* XXI: LESBOS. *Una horrorosa noticia, la mera historia de mis celos para con Aliana. Analizar el furor impotente que esto desarrolla de un modo tan especial, que no se parece a los demás celos, a causa de la diferencia de la imagen.*

Veía yo demasiado claramente mi incapacidad para explicar estos fenómenos morales más o menos bien descriptos, y *concluir*. Porque si no ¿qué es un libro de análisis sin explicación ni conclusión? Luego, un escrúpulo me asaltó; me acordé de lo que con tanta verdad me decía el abate Taconet: «Describir con marcada complacencia la propia enfermedad es propagarla.» Si este libro ha de contagiar a los demás ¿para qué he de gastar en escribirlo tiempo, papel y tinta? Quédeme yo con mi padecimiento, con mis observaciones, con mis notas y sufra solo, sin el remordimiento del contagio.

Sin embargo, un autor es un autor, e influido por tal pensamiento, no me he encontrado con suficiente valor para quemar estas cuartillas, que ciertamente

han aliviado mi tristeza. Cuando se ha llorado con verdaderas lágrimas sobre algunas páginas, una especie de vanidad nos persuade de que esas son las mejores que hemos escrito, como si el talento se beneficiara de nuestro propio y especial sentimiento. Esa extraña entidad literaria que en lo ficticio y lo natural, lo falso y lo verdadero se combinan de tal modo que no pueden separarse, será cosa mezquina, pero humana. Sí, y estos son los dos motivos, el uno tierno y noble, y el otro pobre y rastrero, que a pesar de todo me ha impedido quemar este libro. Además he creído conciliarlos con la objeción del abate Taconet, diciéndome: «¿Y si al divulgar la enfermedad de mi corazón, enseñó el remedio? Esto sí que sería una conclusión.» Como es natural, inmediatamente se presentó a mi espíritu este problema: «¿Existe algún remedio contra la pasión?» Tal pregunta puede formularse también de otro modo: «¿Existe una tarapéutica del amor?» La frase me parece chocante y algo paradójica; ¡mas recupero todo mi valor y la escribo debajo de la cifra XVIII, en el sitio del proyectado título y medito, medito...; pero nada encuentro. «Vaya, vaya—me dije—puesto que se trata de terapéutica y que, según Nysten y Buffón, entre otros, el amor tiene por base lo físico, ¿por qué no he de consultar a un médico?» Al día siguiente, a las diez de la mañana, fui al barrio Marbeuf y me instalé en el ascensor de una casa, en cuyo cuarto piso estaba seguro de encontrar al doctor Noirof.

* * *

Conocí a ese excelente hombre en el Barrio Latino cuando no era todavía más que practicante en el hospital de Bicetre. Muchas veces he comido con él en la sala de aquel viejo hospital destinada para comedor de los alumnos de servicio clínico, y cuyas paredes están llenas de extrañas inscripciones. Las listas de los practicantes están allí grabadas año por año y en cada una de ellas hay un nombre, a cuyo lado se ven dos iniciales, que corresponden a las del que lleva una sirvienta, que a cada nueva hornada de escolares, concede su favor a uno de esos futuros doctores.

¡Qué buen asunto ofrecía la vida de aquella mujer para un escritor naturalista!

He acompañado muchas veces a Noiroth cuando hacía la visita a los enfermos en ausencia del médico en jefe. Era en aquella época, y sigue siéndolo, en alto grado cínico y muy inteligente, metódico e implacable con dulzura; parecía más bien un empleado, que un médico. Tiene ahora cuarenta años y tendría una buena fortuna, si no hubiera tenido que sostener a su madre y a la numerosa familia de sus hermanas y hermanos.

A pesar de su vida de trabajo y de abnegación, el cinismo característico en él ha seguido desarrollándose, ofreciendo aquel hombre el contraste más raro que se pueda uno imaginar. Materialista acérrimo y explicando la sensibilidad humana por las más degradantes hipótesis, Noiroth es el ejemplo singularísimo de un sér que lleva grandes y delicadas virtudes cosidas, digámoslo así, al alma más gangrenada por las negaciones. Es un observador muy hábil; pero que no cree mucho en la medicina y, aun cuando la

ejerce, se ha dedicado hace algunos años a la especialidad del *massage*. Sabe, con sus dedos largos y flexibles, amasar el cuerpo humano de un modo casi milagroso, que aplica como Metzger, gracias a sus conocimientos anatómicos de primer orden. El barón Desforges, que es uno de sus clientes cotidianos, le ha afamado mucho, y Noiroth gana ahora sesenta mil pesetas anuales. Después de la muerte de su madre, se mudó de casa y la amuebló de nuevo para que nada le recordase su pasado, ni a aquella anciana de quien fué cariñoso y amante hijo, sin que esto le impida, cuando se habla de la inmortalidad del alma, burlarse con una cruel ironía de lo que él llamaba la más grotesca vanidad del hombre. ¿Tiene amantes? Le he conocido cinco o seis cuando vivía en el Barrio Latino; pero nunca ha amado. Me acuerdo que me dijo un día, indicándome un pobre caballo de alquiler, a quien el cochero, borracho, pegaba con crueldad, hasta el punto de que el animal echaba sangre: «Una pasión produce en nuestro sistema nervioso lo que el látigo en la grupa de ese caballo. Procuremos no dar lugar a eso...» En esto pensaba yo mientras me dirigía al domicilio del doctor. Un hombre capaz de comparar a un amante desgraciado con un mal cuadrúpedo guiado por un borracho, es seguro tenga panaceas contra esas desdichas, o hemos de convenir que no existen...

Cuando llegué a su casa, Noiroth acababa de almorzar. Una de sus teorías es que el hombre que trabaja debe alimentarse antes de empezar a trabajar: «Los ingleses tienen razón, dice muchas veces, organizando sus comidas del modo que lo hacen; ese es el

motivo porque constituyen el pueblo más activo del mundo entero... De las ocho de la mañana a las nueve y media, Noirot visita a dos o tres clientes que trata, como a Desforges, por el *massage* diario; a las diez, se sienta a la mesa para almorzar; de once a tres, visita a sus enfermos; de tres a seis, tiene consulta en su casa, y come a las siete. En otro tiempo dedicaba siempre la noche a su madre; ahora frecuenta algo el mundo, los teatros, y dedica varias horas a sus tres hermanas, todas casadas. Cuando le manifesté que deseaba hablar con él respecto a un libro que estaba yo escribiendo, me dijo: «Subid conmigo al coche; charlaremos entre visita y visita.»

* * *

Henos, pues, instalados en una berlina de alquiler, llena, como la mayor parte de los médicos la tienen, de instrumentos, que, al verlos, han hecho surgir a mi imaginación los rostros pálidos y demacrados de los agonizantes. Veía yo en el cajón sin tapa, colocado en la parte delantera del coche, un termómetro de bolsillo y el acero pulido de dos o tres instrumentos quirúrgicos. Noirot es uno de esos doctores que al ejercer la cirugía hay que calificarle entre los operadores de gran destreza. Aquel cajón contenía, además de lo que he dicho, algunos folletos y frascos de medicinas destinadas a enfermos pobres. Me daba vergüenza de exponer, ante aquellos testimonios de verdadero dolor, el dolor mío, verdadero también, aun cuando no residía más que en mi mente. ¡Pero qué pequeño parece éste al lado del que produce un

hueso que rechina bajo el bisturí, o de un cuerpo devorado por la fiebre!

—No pensáis bien—replicó el doctor, cuando, al indicarle el problema sobre el cual quería consultarle, le manifesté la especie de cortedad que sentía por hablarle de males algo quiméricos—. Para un materialista como yo, el mal moral es un mal físico menos bien definido que éstos, y nada más... y porque es menos bien definido, los médicos no se ocupan de ellos...

—De modo que si alguien viniera a decirnos: Doctor, estoy enamorado, curadme, ¿no soltarías una carcajada?...

—No, por cierto.

—¿Y qué le propinaríais?—insistí yo—. Decídmelo, si no es una indiscreción el preguntároslo.

—Eso dependería del individuo—dijo Noirot, moviendo la cabeza—. Conocéis también como yo el adagio que dice: «No hay enfermedades, no hay más que enfermos.» Igualmente no hay amor, no hay más que amantes. Nunca he reflexionado mucho sobre esta cuestión, porque no me la han presentado; sin embargo, entreveo en seguida algunas reglas generales que me proporcionan dos o tres observaciones que he tenido ocasión de hacer. ¿Habéis notado alguna vez que todos los enamorados padecen del estómago?... Todos o casi todos... Hay un refrán, que dice, y no es una tontería: *vivir de amor y de agua fresca*. Esto significa que el enamorado no observa régimen en sus comidas; come a cualquier hora, y no se cuida de lo que come. Tiene cita a las doce, almuerza a las dos; la tiene a la una, almuerza a las

doce, apresuradamente, y, a pesar de los más rigurosos principios higiénicos, corre a rendir su tributo físico al amor en pleno trabajo digestivo... Si le dan una mala noticia relativa a su amante, su apetito desaparece; si se la dan buena, le falta del mismo modo. ¿Os reís? Hacéis mal, porque no sabéis lo que es el estómago para la vida. Tener el estómago malo es para el hombre, lo mismo que para las plantas tener enfermas las raíces. Paso por alto las relaciones del sistema nervioso con este precioso órgano tan útil y tan descuidado, y deduzco que casi siempre un estado dispéptico acompaña a las personas amorosas. Si el amante es desgraciado, el animal no digiere; lo uno se une a lo otro, y ambos se agravan... Aconsejaría, pues, al individuo que viniera a consultarme, primero una serie de cuidados destinados a procurarle la normalidad física irresistible, que es siempre el resultado de una buena digestión... Ya sé, ya sé... No frunzáis el entrecejo... Con vuestra apariencia de calavera, sois cristiano en el fondo, y mi teoría os horroriza... ¿Habéis asistido alguna vez a los almuerzos que verifican juntos después de los entierros los amigos, parientes y deudos del finado? Se sientan a la mesa con los ojos encarnados, la tez pálida, los labios temblorosos y el alma destrozada; apenas se habla, porque el ruido de las paletadas de tierra sobre el féretro suena todavía en los oídos, cosa que impide oír el ruido de las cucharas en los platos. Sin embargo, presentan en la mesa un buen trozo de vaca, luego un pollo, legumbres, postres, y todo esto acompañado de libaciones de buen vino añejo del país, ¿qué sucede? Que poco a poco el fuego de la

vida sube a los ojos, que la sangre colorea las mejillas y que aquellos desconsolados gozan un buen momento, el primero después de la catástrofe.

—He hablado ya de eso en una de mis *Meditaciones*—interrumpí con alguna vanidad—. ¡Infeliz naturaleza humana! Esto prueba sencillamente que tenemos un cuerpo y un alma; pero que la carne es débil, muy débil...

—Débil o fuerte—repuso el médico—, ¿por qué no utilizar este procedimiento para consolarse? A un amante poseído del delirio del pesar amoroso, como vos, por ejemplo, diría yo: vais a seguir un régimen que se adapte a vuestro estado actual, aire, mucho aire, ejercicio, mucho ejercicio. Tomar y devolver, eso es la vida, gastar y adquirir; y os recetaría un régimen alimenticio que rehiciera vuestro estómago. Nada de tabaco ni de alcohol, ni de vino tinto; vino blanco ligero mezclado con agua de Vals, carnes asadas y legumbres por partes iguales, horas regulares para almorzar y para comer, y sobre todo la estricta observancia de las prescripciones... En quince días recuperaríais el sueño, y después de cada comida, en vez de esas ideas negras que el trabajo de una digestión laboriosa produce en vuestro cerebro, que no son sin duda más que el residuo de una desasimilación incompleta, tendréis ideas de color de rosa, ideas como las del caballo que ha comido bien su avena, o las de un perro bien alimentado. ¡Vaya, vaya, amigo mío, que esa felicidad no es de despreciar! Solamente que como no sois ni caballo ni perro, sino un animal racional, os explico mi método para que lo pongáis en práctica. En vez de no pen-

sar más que en vuestra amada, empezad a pensar en el remedio que os prescribo para combatir vuestro padecimiento. Ese día os habréis curado, y si no curado, os encontraréis muy aliviado; pero ya llegamos a la casa en que he de subir... ¿Queréis esperarme diez minutos?...

* * *

Esperé no diez, sino veinticinco, reflexionando sobre el remedio que me propinaba mi Dr. *Tanto Mejor*, y en esa metamorfosis inesperada de la antigua roca de Leucade en una receta según fórmula. Como la manía de los axiomas me persigue por todas partes, procuré resumir mi impresión respecto a este remedio, emborronando con mi lápiz la cubierta de un folleto que se hallaba en el cajón de los instrumentos. Este librito trataba de la *agorafobia* o miedo de los espacios; de la *claustrofobia* o miedo de las estrechuras, de la *telenofobia*, etc. ¡Dios mío! ¡Qué singular es en sus distinciones, la ciencia moderna del espíritu, y como ese mismo espíritu aparece, cuando se le mira con el microscopio, delicado y fácil de falsear!... Pero transcribo aquí mis axiomas:

XCI

Para ciertos fisiólogos, el alma es la enfermedad del cuerpo. Esta es entonces la enfermedad sagrada de que hablaban los antiguos. Muramos, pues, de ella, antes que vivir sin ella.

XCII

Sustituir con una caja de pildoras el Evangelio, es en el fondo el sueño de diez y nueve sabios por cada veinte. Lllaman a esto progresar.

Cuando el doctor se sentó de nuevo a mi lado, le enseñé la hoja en que acababa yo de escribir estas dos máximas. Se encogió de hombros, sin enfadarse, y con la serenidad de un bañero que ve un pobre loco revolverse bajo la impresión que le produce una ducha. Luego repuso mientras el coche nos trasladaba a otra casa:

—Esto me prueba que odiáis el remedio. Esa aversión es un fenómeno constante en las enfermedades que se llaman morales y proviene de un pensamiento falso respecto a la mujer. ¡Qué bien se ha burlado de eso Schopenhauer! Este sí que es vuestro maestro. ¿Lo negaréis?

—¡Mi maestro! — repliqué yo—. Schopenhauer, como escritor, me representa a aquel alemán de quien decía Rivarol, que para ser ligero saltaba la ventana.

—Esto no impide—continuó el doctor—, que haya caído esta vez en un parterre en que florece en abundancia la planta de la tontería sentimental... En la cura de un amante desgraciado procuraría rectificar la imagen del sexo, de ese órgano que ocasiona tantos sufrimientos, porque es el principio de tantas ilusiones... Vuestro mejor amigo ha escrito un libro que se titula *Cruel enigma*, nada entiendo de crítica literaria, pero podéis decirle de mi parte, que conozco

pocos títulos de libros que pertenezcan más que este a lo que yo llamo, disculpad mi franqueza, la escuela del dedo en el ojo. ¿Habéis ido alguna vez a la casa de Maternidad?

—¿A la Bourbe, boulevard de Port-Royal? ¡Ya lo creo! Aquel antiguo convento que fué el retiro de Nicole y de Arnauld, está presente en mi memoria como una de las cosas más curiosas de París...

—No se trata de esas nimiedades ahora—dijo Noirot—. ¿Habéis asistido allí algún día a la clínica?

—No—respondí—; el mal olor me disgustó desde la primera sala. Ya sabéis que nunca he sido aficionado a esos espectáculos, y si os acompañaba a las salas de Bicetre, era por vanidad, más que por otra cosa.

—Pues bien—continuó Noirot—; lo que yo pediría al amante desgraciado es que se sobrepusiese a ese disgusto, y le obligaría a que asistiese en la Maternidad a una serie de operaciones, y a que siguiera al médico en sus visitas al hospital de la calle de Loureine. En fin, le haría familiar lo femenino, en lo que tiene de más doloroso, de más repugnante, diréis vos, de más saludable, digo yo. El famoso verso de Vign... «*la mujer, niña enferma...*» que citáis siempre, sin comprenderlo, se transformaría en imágenes verdaderas. Cuando pensara que su amante le ha sido infiel, en vez de ver el cruel enigma en el más sencillo hecho, no verá más que un fenómeno tan vulgar, como la tos cuando se está constipado. Adrián Sixte ha dicho con razón: «El amor es la obsesión del sexo.» Es necesario, pues, desembarazarse de esa obsesión como de todas las demás, fijándose bien en la

miserable causa que produce ese gran efecto... Vaya, otra vez tengo que suspender nuestra conversación; dentro de cinco minutos estoy con vos.

* * *

Pasaron más de cincuenta. El sitio no era el más a propósito para mí, pues estaba el coche parado a dos pasos de la entrada del Vaudeville, calle de la Chaussée d'Antin, ese teatro que se relaciona con uno de mis más tristes recuerdos. De él vi salir cierta noche a mi amada con uno de mis rivales, después de haberla dejado tres horas antes, sentada al lado de la chimenea, diciéndome que se hallaba muy molestada por la jaqueca. Me volví a mi casa; mas como el disgusto por su enfermedad no me dejaba trabajar, salí y me fuí a pie a la Redacción de un periódico, deseoso de encontrar con quién hablar, a fin de disipar mi melancolía. Tropecé con Andrés Mareuil, empezamos a conversar, paseándonos en el boulevard entre Torton y la Opera; pero mi mala suerte quiso que Andrés se detuviese para ver salir la gente del teatro y... Esperando en el coche de Noirot, me acordaba de esa escena de traición, y las sensaciones de entonces se reproducían en sí, después de tantos días, con una extraordinaria exactitud. Mi corazón se desgarraba, y me estaba entreteniéndome en discutir mentalmente con el cínico doctor, que acababa de dejarme.

«No—me decía yo—, por más que quiera figurarme que al serme infiel, Coleta ha obedecido a necesidades de pura, o más bien de impura fisiología,

esto no puede consolarme, puesto que lo que precisamente me apesadumbra es: que con aquella linda cara, que tanto se parece a mi sueño, esté sometido a tanta perversidad su corazón por sus sentidos. Aun cuando creyese yo que su mentira es hija del historicismo y aun cuando poseyera la teoría verdadera de ese mal misterioso que es el arca sagrada de la nueva doctrina, ¿dicha teoría me impediría acaso sentir la gran pena de no poder nunca, nunca creer en las palabras de esa boca que tanto amo? ¡Ah!, esas bocas, como las pintaba el divino Sandro, cuya línea algo saliente y fina, sensual y con cierta expresión de amargura en el pliegue que toca a los carrillos, ¿cómo pueden mentir siendo tan bellas...?

Para rechazar la imagen de esa boca demasiado querida, me puse de nuevo a hojear el folleto que trata de la *agorafobia*, de la *oicofobia*, o miedo de las casas, sin duda, de la *topofobia*, o sea horror a los sitios, supongo; como consecuencia de mis reflexiones anteriores, escribí el siguiente aforismo debajo de la rúbrica:

XCIII

Un sabio me demuestra, para consolarme, los motivos fisiológicos de la inconstancia de una mujer a quien amo. Hay personas que nos dicen, cuando lloramos la muerte de un ser querido: «Todas vuestras lágrimas no son capaces de devolvérosle.» ¡Ay! precisamente por eso lloramos.

* * *

El doctor volvió al fin. Su fisonomía expresaba una gran tristeza.

—Os he hecho esperar mucho—repuso—; he tenido que asistir a una escena muy dolorosa. El enfermo a quien acabo de visitar, está atacado de un cáncer, y me ha suplicado le diera a conocer su estado para arreglar sus negocios... Le queda apenas un mes de vida, y tales han sido los motivos que me ha expuesto, que mi deber me ha obligado a decírselo. Esta es la parte más dolorosa de mi profesión de médico... El infeliz se ha cubierto la cara con las manos y gruesas lágrimas caían de sus ojos... Luego me ha dado las gracias, suplicándome que no dijera nada a su mujer, de lo que entre ambos había pasado... Cuando ésta entró, el pobre hombre estaba hablando conmigo, sonriéndose... ¡Qué naturaleza tan hermosa...!

—¿Y esto no os hace creer en el alma, en ese algo indefinible e irreductible, ese algo que huye del escarpelo y que palpita a través de la debilidad de los órganos?

—No, por cierto—dijo encogiéndose de hombros—, un sentimiento no debe nunca prevalecer contra una idea... Pero, démonos prisa, porque tengo que ir muy lejos a visitar a un pobre diablo... Esta es otra historia dolorosa...

Noirot no se acordaba ya de nuestra discusión, y no tuvo valor bastante para recordársela, después de haberle oído contarme en detalle uno de esos infortunios que no se encuentran más que en París. Comprendí, sin que me lo dijese, que perdía una hora todos los días, desde hacía ya algunas semanas, en

atender a una infeliz familia... ¿De qué tiempo, pues, podría disponer ese gran consolador de las miserias corporales, para estudiar las del alma, y para qué? Yo soy un egoísta y un insensato, viniendo a molestar a un hombre como éste, entre la cabecera de un canceroso y la de un tifoideo, pidiéndole un remedio para una enfermedad que no se toca con el dedo, que no se aprecia con el termómetro, que no se sondea ni se opera con el acero. ¡Ah!, qué inteligente era la religión, cuando edificaba claustros precisamente para enfermedades como la mía! Pero, ¡ay!, ¡Port Royal se ha transformado en la Bourbe! ¡La Bourbe tiene su razón de ser, Port Royal la tenía también; pero hoy día no hay más que Bourbes, y ningún Port Royall... Está la falta, y grande, en la asistencia pública, que nunca sospechará Noiroot. Más vale así, porque si lo sospechase, pensaría demasiado en ello, y si pensara demasiado, obraría menos.



MEDITACION XIX

TERAPEUTICA DEL AMOR

II

EL SISTEMA DEL PSICÓLOGO SIXTE

Sin embargo, he procurado seguir los consejos del doctor Noiroot, en virtud de la sabia máxima que este mismo doctor aplica a las aguas minerales: «Recomiendo siempre—dice—las que no pueden ser nocivas... y si no aprovechan... ¡Pchs...!» y se encoge de hombros. A dicho fir, frecuenté de nuevo la célebre sala de esgrima, establecida en la orilla izquierda del Sena, y que se hallaba dirigida por un antiguo dragón de la emperatriz, especie de gigante, delgado y rubio, con perfil de D. Quijote, que venía a mi casa en otros tiempos y me hacía pasar buenos ratos con sus ingeniosas bromas referidas con notable acento meridional. «Hay nueve paradas, señor Larcher—me decía—, y me explicaba la primera, la segunda, y las demás, hasta la octava. ¿Y la novena?—le preguntaba yo—. La novena—continuaba guiñando el ojo iz-